

# Un verso de Carlos Pellicer

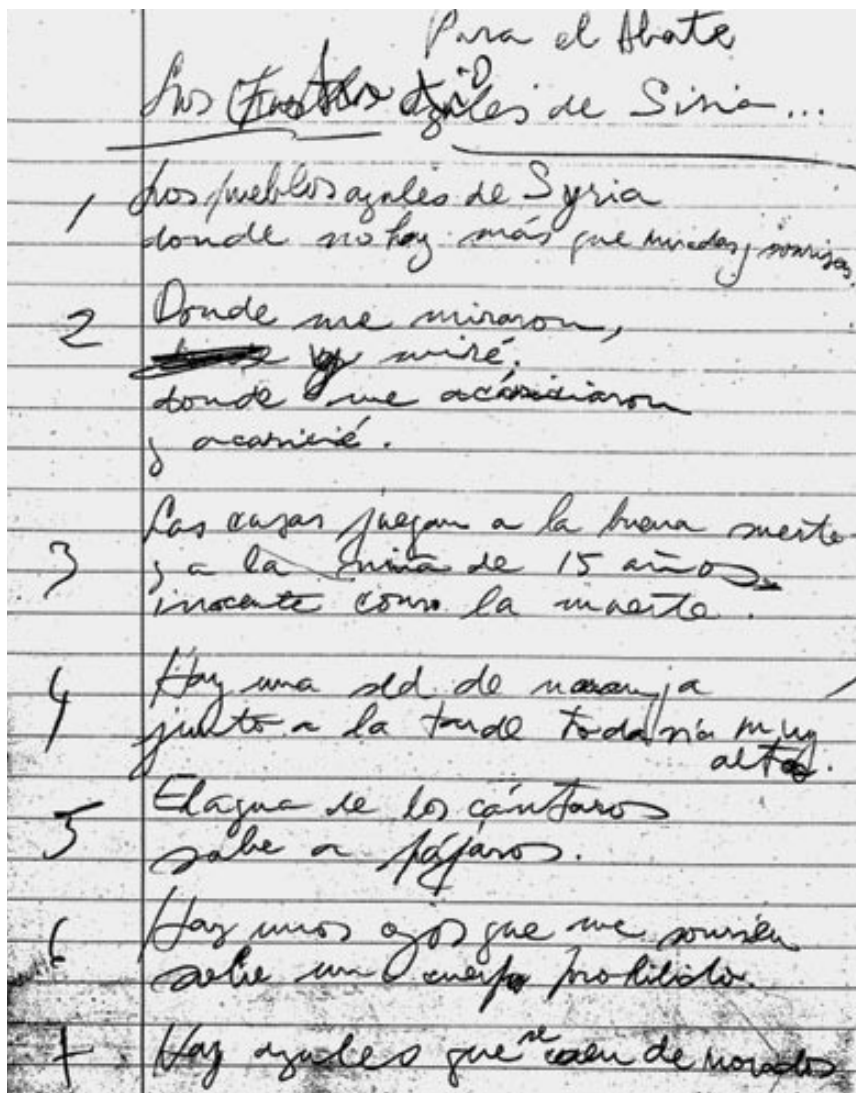
Evodio Escalante

*Ya empiezo a estar azul  
y a desnudarme  
por el hambriento cero  
de un adarme.*  
Carlos Pellicer

La magia y el enigma de la poesía hablan a veces en un solo verso. Misterio reconcentrado en unas cuantas sílabas, su huella persiste en la memoria y desde ahí regresa una y otra vez como fuente de una delicia inagotable. Debemos a Carlos Pellicer muchos de estos versos prodigiosos en su singularidad y que se antojan un puro producto de la magia. Uno de los que más me fascinan es el que dice: “Hay azules que se caen de morados”. Me pregunto qué es lo que torna memorable a este verso. ¿La economía del enunciado?, ¿el misterio que queda suspendido, sin aclarar?, ¿la acumulación pictórica que propone un segundo color como explicación de lo que pasa con el primero?, ¿todo junto, quizás? Villaurrutia pensaba que la poesía era la conjunción feliz de lo explicable con lo inexplicable, es decir, de lo racional con lo irracional. La fascinación que lectores y críticos experimentan por este verso tiene que ver de seguro con este difícil sentido del equilibrio, gracias al cual, como en el caso del iceberg, la parte visible o explicable del verso estaría sostenida por la parte implícita, inexplicada, que permanece bajo

la corriente. Lo que atrae en el verso es que el principio lógico de identidad queda de cabeza. Octavio Paz observaba que las palabras son criaturas dobles y a veces triples. A lo que habría que agregar que si tiran en varias direcciones, al grado de duplicar o triplicar su sentido, es muchas veces por la peculiar estructura del enunciado en el que aparecen. Y por las relaciones que dicho enunciado mantiene con otros que pertenecen al patrimonio de la lengua. Si bien el poema en el que se encuentra este verso se titula “Estudio”, término que habría que entender en un sentido eminentemente pictórico, dado que el manejo de la imagen convierte a cada sección del mismo en una suerte de cuadro en miniatura, lo primero que yo escucho en este verso es una referencia a la tradición de la lengua. Las frutas “se caen de maduras”. No hace falta que alguien estire los brazos o se trepe al árbol para desprenderlas: la madurez hace que solitas caigan al suelo. Sospecho que esta referencia al saber popular tendría que jugar un papel en la aclaración del sentido que pueda tener este verso. No es una fruta, empero, lo que ha madurado, sino un color. La substantivación del adjetivo hace que el azul adquiera un cierto, inevitable, rasgo frutal. También el color madura, como la fruta en el árbol acicateada por el sol. Esta pincelada resulta ya en sí misma poética... pero es apenas el primer

Gracias a la reiterada generosidad de Carlos Pellicer López hacia la revista acompañamos este texto con el manuscrito original, escrito y corregido insistentemente de puño y letra del poeta, del poema que analiza Evodio Escalante.



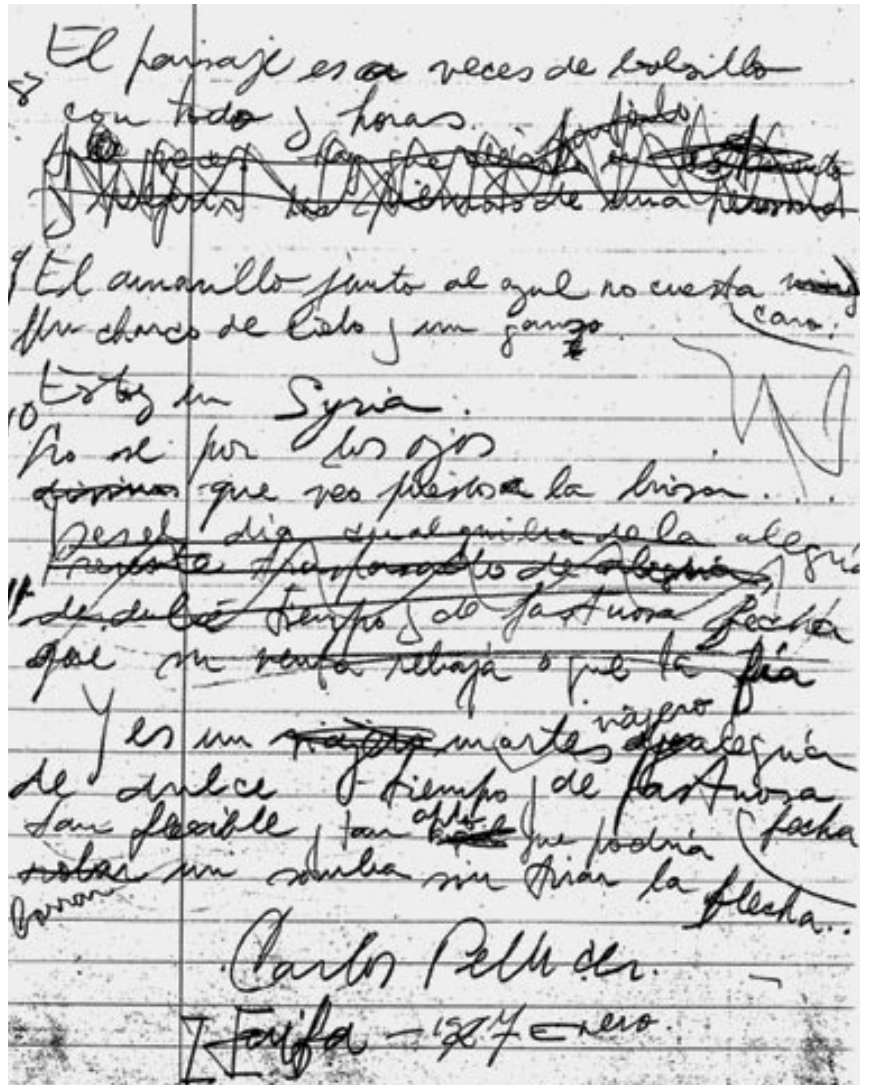
ingrediente de la cocción sabiamente preparada por Pellicer. La analogía vegetal ubica el horizonte de comprensión del texto, pero se diría que lo decisivo está en el principio de causalidad, siempre operante. El verso de Pellicer suscita de inmediato dos preguntas que solicitan respuesta. ¿Por qué? y ¿cómo? La primera pregunta, ¿por qué se precipitan los azules?, acepta una solución que no deja de ser misteriosa, y que subvierte el principio de identidad, al menos en apariencia. Los azules se caen... por morados. Ciertos individuos de la clase de los azules se caen no por azules, sino porque cambian de color, y sólo en la medida en que lo cambian. Esto parece absurdo. ¿De qué color son, pues? Terminan siendo morados, esto es lo que indica el verso, y no hay otro remedio que creerle. Se diría que lo que funciona es un principio de acumulación que transforma el rango de lo visible: los azules, de tan intensos, se tornan de otro color. También en Gorostiza puede detectarse un parecido efecto: cuando se añade transparencia a la transparencia, lo que resulta es otra cosa que no se esperaba. En su *Muerte sin fin*, Gorostiza refiere "una transparencia acumulada / que tiñe la noción de Él, de azul". La transformación del color en Pellicer, empero, puede deberse a algo más que un proceso de acumulación. Quizás Pellicer está pensando en una nota pasional, el rojo, por ejemplo. Los azules "caldeados", esto es, enrojecidos, se volverían morados. Yo diría que este ingrediente pasional, siempre implícito, por supuesto, es lo que propicia la transformación y lo que sugiere una posible explicación causal. ¿Por qué se caen los azules? Se caen por un efecto de la pasión. Porque el sol del amor (o si se prefiere: del deseo) los ha teñido de otro modo. ¿Por qué otra

*Misterio reconcentrado en unas cuantas sílabas, su huella persiste en la memoria y desde ahí regresa una y otra vez como fuente de una delicia inagotable.*

cosa podría ser? En los “Sonetos dolorosos” de Pellicer encuentro una semejante metamorfosis cromática. La evoco porque de algún modo avanza en el sentido que antes anoté. El azul se amorata con la intervención de un color más subido que es el tinte del amor. Cito completa la estrofa: “¡Con cuánta agilidad robé cerrojos! / No conoció la lengua titubeo; / y después de geográfico cateo / amoraté el azul desde altos rojos”. El subrayado me dispensa de suplementos.

La segunda pregunta, ¿cómo se precipitan?, la responde el texto utilizando el ardid de una paronomasia, sutilizando un efecto de la música. “Hay azules que se caen *de morados*”. La nota de color empalma aquí con la noción de la lentitud: se caen *demorados*. Si uno afina los oídos, sabrá que los azules están en la lentitud, en el supremo deleite de la demora. Esto otorga al verso un impresionante efecto de ralentización... E impone una nueva corrección: los azules no se “precipitan”, no caen al suelo, como uno creía al principio, al revés, se demoran, se retrasan deleitosamente. Lo que quiere decir —nueva contradicción— que lo que se precipita no se precipita. Uno pensaría que los deseantes no tienen ninguna prisa en llegar al suelo, que podría ser el lugar de la consumación. Quizás se abrazan y se acarician... apenas con el pensamiento, eternizando ese momento y volviendo perdurable lo que es fugaz.

¿A qué se debe toda esta maravilla? A su instantánea madurez. El saber resumido en la expresión popular, “caerse (las frutas) de maduras”, adquiere así otra resonancia en el verso de Pellicer, uno de los más admirables y recordables, no porque carezca de sentido, sino porque sugiere muchos, como he tratado de mostrar. ①



*Ciertos individuos de la clase de los azules se caen no por azules, sino porque cambian de color, y sólo en la medida en que lo cambian.*